

## DISCURSO DEL DOCTOR FABIO LOZANO T.

MINISTRO DE COLOMBIA EN LIMA, EN EL CENTENARIO  
DE LA LLEGADA A AQUELLA CIUDAD DEL LIBERTADOR  
SIMON BOLIVAR

Excelentísimo señor Presidente de la República,  
Señores:

Un sentimiento de paz y de amistad flota, venturosamente, sobre América.

La solidaridad que realizó el prodigio de nuestra independencia; la solidaridad casi olvidada después entre el hervor de las luchas de nuestras democracias en gestación, ha recobrado sus fueros y es hoy, como en la Gesta heroica, una orientación general y una fuerza impulsora irresistible.

«El afán de hoy, la necesidad inmediata y urgente—dijo durante las fiestas centenarias de 1921, el Excelentísimo señor Leguía—es la aproximación cordial entre todos los pueblos civilizados de este hemisferio.» Y refiriéndose especialmente a Bolívar, agregó: «En vuestras manos está, hermanos nuestros de las tres Américas, realizar el sueño del prohombre americano poniéndonos a la obra de unir en apretado lazo de mutuo afecto, a todos los pueblos para quienes la mirada refulgente del Héroe fue como un sol de libertad.»

La verdad y la bondad de la doctrina y la voz de autoridad continental que la proclamó en solemnísimas ocasiones, han abierto ancho surco, y actos trascendentales están demostrando así la sinceridad y la recia firmeza del apóstol, como la poderosa fecundidad de la simiente.

En armonía y desenvolvimiento de la obra que a todos nos preocupa, los representantes oficiales en Lima del Perú, de Bolivia, del Ecuador, de Venezuela y de Colombia, creímos natural reunirnos el día 6 de agosto

próximo pasado, nonagésimo noveno aniversario de Junín, a festejar efemérides tan extraordinaria, en la íntima mancomunidad de sentimientos con que se juntan las familias a festejar los recuerdos más caros a su corazón.

Como acaba de expresarlo en su discurso ágil y brillante el señor ministro de relaciones exteriores, un suceso lamentable para el mundo se interpuso y nos obligó a un corto aplazamiento: la muerte del presidente Harding, el grande estadista, el glorificador de Bolívar en palabras que respetará el tiempo, el más eficiente y entusiasta defensor de la concordia y de la paz de América.

Aquel aplazamiento nos condujo a escoger para la realización de nuestro intento el día de hoy, en que se cumple un siglo del día fausto en que Bolívar llegó a Lima y dio principio en el Perú a la tarea que habría de culminar en Ayacucho y afirmar sobre bases eternas la liberación del Continente.

Hé aquí la causa de esta peregrinación, en la que pueblos unidos un día por el esfuerzo, por el sacrificio y por el triunfo, se congregan aquí en renovación de generosos votos, a orar por la paz y la fraternidad; a orar porque un hálito de justicia penetre las almas, y sea este emporio americano como un vasto campo de mieses sin cizaña, donde cada espiga cifre una noble esperanza y cada grano un fruto de bendición. Se congregan a depositar una ofrenda simbólica, sobre la cual queden palpantes la gratitud y el amor de cinco repúblicas prósperas y libres a su Libertador.

El lugar es sagrado: lo preside Bolívar.

La hora es propicia: sopla sobre nosotros el recuerdo glorioso de Junín.

Más de medio siglo hace que Bolívar vive aquí en la fogosa y alada creación de este bloque de mármol

y de bronce, hermosa concepción del arte en la que el Héroe, siguiendo el impulso de la cuasi divinidad de su genio, parece olvidarse de la tierra y lanzarse por el espacio a su destino, firme en su caballo de combate como en las horas épicas y, como en ellas, ebrio de gloria y ávido y seguro de inmortalidad.

Noventa y nueve años atrás—el 6 de agosto de 1824—era Junín.

Era la tarde en que los justadores de la causa americana, tras luengos años de guerrear incesante, iban a partir al campo con los soldados españoles en el propio corazón de la América del sur, en la tierra del sol, en la patria del inca legendario, en el seno de la más opulenta y guardada y querida de las colonias, que el brazo intrépido y adusto del conquistador arranca del árbol milenario para arrojar, como gaje de cíclopes, a los pies de su soberano; y que ahora la voluntad rotunda de los libertadores venía a sustraer de aquella condición de servidumbre y a exaltar el dosel señalado por la mano de Dios para que en él convivan armoniosamente por los siglos, la soberanía de las naciones y la libertad de los hombres.

En la lid que va a estallar, Canterac rige el ejército de España; Bolívar, el de América.

Canterac es un jefe arrogante y valeroso; piensa que las por él llamadas montoneras americanas, no resistirán en esta campaña el ímpetu de las tropas del rey; y vencerlas, y destruir el prestigio de Bolívar, es para él en estos momentos más que una esperanza lisonjera, una certidumbre que aviva su intrepidez y su ardimiento.

Bolívar es el hombre extraordinario que en catorce años de combates, ha vencido a todos los ejércitos que el rey le ha opuesto; ha dado la libertad a Venezuela, a Nueva Granada y a la antigua presidencia de Quito;

ha creado la gran Colombia; ha preconizado en forma neta y reiterada, desde 1818, la unidad solidaria de la América Hispana y ha iniciado con la clarividencia de profeta sus relaciones internacionales; y que ha venido ahora al Perú, llamado por este país, a echar en el plátano de su independencia y de su libertad, el peso incontestable de su espada.

Bolívar es el caudillo nunca superado, el taumaturgo de la guerra, el verbo encendido de la emancipación, que al pisar no más las playas del Callao ha devuelto al pueblo peruano la fe en la victoria y en la grandeza inmarcesible de sus destinos. Y ha recibido de este pueblo, por disposición del supremo congreso, la investidura de todos los poderes en las siguientes palabras: «La suprema autoridad política militar de la república, queda concentrada en el Libertador, Simón Bolívar.» Y el homenaje de la más honda gratitud en estas otras: se vota «a nombre de la república, una acción de gracias a Simón Bolívar, padre salvador del Perú.»

Bolívar es el gallardo paladín que a tales manifestaciones ha contestado: «Las circunstancias son horribles para vuestra patria, pero no desesperéis de la república. Ella está expirando pero no ha muerto todavía. El ejército de Colombia es invencible.»

Bolívar es la voluntad indomable y creadora, que sobre las ruinas del terremoto de Caracas y ante un medio hostil y enardecido, dijo en los comienzos de su carrera: «Si la naturaleza se opone a nuestros planes, lucharemos con ella hasta vencerla.» Y el que en Pativilca, enfermo, sin recursos, frente al más poderoso ejército que nunca tuvo España en las Américas, cuando todo en el horizonte es sombrío y terrorífico, al ser interrogado sobre lo que en tan apremiantes circunstancias

piense hacer, sólo tiene una palabra de respuesta: *¡Triunfar!*

Reto sin par y sin ejemplo. Reto sobre el cual Bolívar empieza por tonificar su propia débil contextura física y por lanzarla a la acción como en las horas más vigorosas de la juventud; reto sobre el cual crea en seis meses un ejército, lo provee de armas, de municiones, de caballos; adiestra a los llaneros en las marchas y contramarchas por las sierras, y a los serranos en el manejo de la lanza; infunde a todos su fe y su entusiasmo; abre la campaña; sube de la orilla del mar a los más empinados picos; concentra allí sus tropas y cuatro días antes de la batalla les habla así: «Soldados! Vais a completar la obra más grande que el cielo ha encargado a los hombres: la de salvar a un mundo entero de la esclavitud. Soldados! Los enemigos que vais a destruir, se jactan de catorce años de triunfos: ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras que han brillado en mil combates... Vosotros sois invencibles!»

Tales son los dos jefes que se aprestan a la lucha.

Canterac no quiere comprometer todo su ejército en una batalla decisiva y hace desfilar su infantería. La de Bolívar viene retrasada, porque la marcha ha sido larga y dura. Pelearán, por esto, solamente las dos caballerías.

Llena de confianza en sí misma y en superioridad numérica, la española presiente sobre sus sienes la victoria. Son los bravos soldados de la España, vencedores del Corso que había vencido a Europa; son sobre esos pechos todo el honor cristalizado y toda la pujanza de una raza que rebosó en la historia y en el tiempo todas las excelsitudes del valor y el heroísmo.

Frente a ellos los soldados de América. Sencillos en su traje y su apostura: tranquilos y seguros, porque

han peleado y vencido en todo el continente, curtido su cuerpo a la inclemencia de todos los soles y al cierzo de todas las alturas, y su alma al rigor de todas las angustias y a la agitación de todas las victorias. Como los Hunos, están compenetrados con sus caballos de pelea y jamás han dado la espalda al enemigo. De su silla de jinetes sólo se arrancarán o para hundirse en la muerte o para llevar después de la victoria más vivos colores a su pabellón.

Saben ellos que el ejército español que los espera hasta el altiplano es tres veces superior al suyo, que está comandado por grandes generales y que superabunda en armas y en recursos, pero todo esto es el mejor acicate para su empeño y su entusiasmo. Si la partida fuera igual, no la creerían digna de ellos. Porque ellos son los mismos que salvaron las llanuras inundadas y los Andes por sus más abruptos ventisqueros, desde Venezuela hasta Boyacá, en expedición militar que la crítica más estricta ha hallado superior al paso de los Alpes de Napoleón o de Aníbal: los mismos que soportaron en Cartagena—nuevos numantinos—un sitio legendario, sin que el pavor de la peste, del hambre o de la muerte enfriara un solo día el fuego de sus venas: los mismos que en las Queseras del Medio, en número de ciento cincuenta, se enfrentaron con las puntas de sus lanzas a un ejército cuarenta veces superior y ejecutaron proezas ante las cuales las alas abiertas de la fábula se debilitan y se doblan.

Con ellos están ahora sus heroicos compañeros de Pichincha y de Riobamba, y el ardimiento crece porque una misma sangre ha cubierto sus espadas, un anhelo común ha agitado sus pechos y en sus ojos se ha reflejado idéntica visión de gloria. Unos a otros se estimulan: si tienden la mirada al sur, les parece que se levanta de la tierra para exaltar su heroísmo, la seño-

rial figura de un adolescente que lleva, a la vez, los atributos del poeta y del sabio, del héroe y del mártir: es Melgar! Y si la tornan hacia el norte, surge ante ella la conocida imagen de un combate sobre el cual se destaca otro adolescente: sus brazos están rotos por las balas, flaquean sus piernas, heridas y exangües, pero él sigue y sigue al frente de su compañía hasta que el triunfo se consuma: se desploma entonces en la muerte y lo envuelve el iris de Pichincha: es Abdón Calderón!

En la tarde de Junín, el sitio desierto, frío, desolado y angustioso de la pugna: la hora evanescente y misteriosa del crepúsculo; el aire enrarecido por la altura, que alerta y agita el corazón: el panorama de pampas y de crestas solitarias, sobre las cuales sólo trisca la relampagueante agilidad de las vicuñas y sólo ronda el viento en clamoreo eterno, doliente y melancólico del infinito . . . todo, todo presta grandeza y solemnidad al momento y fatiga de emoción las almas.

Y la pugna fue. Pugna de titanes, fiera y sombría. Pugna silenciosa y terrorífica en la que no revienta un disparo. La voz de los cañones—voz plebeya para la soberbia majestad de aquella hora—empequeñecería el duelo apocalíptico en que se juega la libertad de un mundo y en que los combatientes, dignos los unos de los otros, se aprietan y entrelazan enastados por la lanza o rajados por el sable, y al rendir la vida caen envueltos en la clámide roja de su sangre.

La noche da término a la brega. Y en el campo del combate, cantan los clarines americanos el himno de la libertad y envían al Dios de los ejércitos el mensaje sonoro de una marcha triunfal.

Por la fiereza del encuentro y por la proyección ilímite de las consecuencias, Junín es uno de los combates más interesantes en la historia de la libertad del mundo. Fulgurante y rápido como el rayo, es como éste,

decisivo. Tras de Junín viene como consecuencia necesaria, Ayacucho. Y Ayacucho cierra el ciclo de la zozobra y del dolor; abre para siempre las puertas de la independencia, y al afirmar sobre las tierras americanas como canon intangible el de la democracia y de la libertad, clava sobre lo más alto de los Andes un pendón de reparación y de justicia, invencible y eterno.

Tres colosos lo sostienen: Wáshington, Bolívar, San Martín. Le hacen guardia de honor legiones de grandes capitanes, de héroes y de mártires. Y ese pendón, mensajero y heraldo de una nueva ley, al llevar su influencia bienhechora sobre todas las latitudes de la tierra, es como el efluvio de una potente vida con que la América joven restaura y colorea las sangres fatigadas y dormidas de otros pueblos.

Junín es la última de las batallas en que Bolívar interviene directa y personalmente. Su espada ha marcado el zenit. El sol de cien victorias ha quebrado sus rayos sobre el cristal de esa hoja, y sobre ella cabrillean, como los astros en la altura, verdaderas constelaciones de actos grandiosos y heroicos. Su acero es más fino y resistente que el acero en que se forjaron las espadas de Aníbal, de Alejandro, de César, de Napoleón. Nada iguala ni en lo antiguo ni en lo nuevo al filo de esa hoja; jamás fue más certera la punta de un alfanje para herir el corazón del adversario; sobre la tierra y bajo el sol no hubo capitán ni más completo, ni más extraordinario, ni más genial que el capitán del Avila que la llevó en la diestra y que ahora, ungida por la gloria, la recoge al cinto.

Como se honra el hijo que ama y reverencia a sus padres, venimos nosotros hoy en nombre de nuestros pueblos no a honrar a Bolívar, sino a honrarlos a ellos y a honrarnos a nosotros mismos; a demostrar que somos

dignos de la obra de los libertadores y capaces de defenderla y conservarla; a renovar sobre esta ara nuestros votos de amistad, con el alma limpia de la herrumbre de toda mala pasión y exaltada y diáfana por la sinceridad.

Y al consagrar esta corona y esta placa al Libertador Simón Bolívar, queremos enviar a sus manes venerables un sencillo mensaje:

Oh! Bolívar, Oh! Libertador, Oh! Padre: Tus pueblos te saludan!

Después de un siglo aquí estamos, como en la tarde de Junín, jurando fidelidad a tus banderas.

Correrán los siglos y los siglos; mudanzas no siquiera sospechadas cambiarán conceptos y costumbres; pero vivirás en el corazón de nuestros hijos, y ellos llegarán a ti para decirte:

Oh! Bolívar, Oh! Libertador, Oh! Padre:  
¡Tus pueblos te saludan! (1)

## EL DIA EN EL COLEGIO

### II

#### EL VESTIDO

Después de haberos hablado del despertar y del levantarnos de la cama, es preciso que os hable del vestido y del cuidado de vuestro cuerpo, obligaciones que se imponen en la primera hora del día. Es preciso que conozcáis el respeto y el honor que se deben al cuerpo del hombre, pero debéis saber cuál es la medida justa de esa deuda, para que la obligación no se convierta en servilismo, para que el cuidado necesario no se convierta en culto de idólatras. Hay, pues, respecto del vestido y del cuidado del cuerpo, reglas que debéis cono-

(1) El doctor Lozano, orador eminente, escuchó ruidosos aplausos en cada pasaje de su hermoso discurso.